

"Cuentos de dos hemisferios" de Carmen García Arias

En «Hojas de Papalaguinda», que fue por algún tiempo mi sereno paseo dominical en las páginas de este periódico, reseñé un día la existencia en Buenos Aires de un narrador villafranquino -juno más!-, que en este caso hemos de decir narradora. Se trataba de una novela donde el tema recurrente de la invidencia se iluminaba con una luz muy familiar y próxima. Ahora, años más tarde, Carmen García Arias ha venido a enriquecer nuestra bibliografía regional con «Cuentos de dos hemisferios». En la Plaza de Villafranca, que es un poco la Plaza Mayor de la literatura berciana, reinan ahora los ejemplares recentísimos y olorosos a imprenta como centro de una serie de títulos, todo ello anunciado con un justificado orgullo: «Esta semana, lea usted autores villafranquinos.» Yo conocía el original, y sobre él había escrito una especie de entrada. Pero un libro no es un verdadero libro hasta que no arranca su pública y maravillosa aventura, de manera que mis manos y mis ojos lo recorrieron ahora con una emoción inédita. Sobre lo que yo dijera en aquel texto, no me corresponde más trámite que ratificarme...



Si el que firma un prólogo no tiene por qué erigirse en avalista, tampoco es cosa de que se arranque como disidente. Por esto no sé yo cómo decir que el conjunto de cuentos de Carmen García Arias -tan recta y pundonorosa ella, tan comprometida con la Verdad- adolece de un título engañoso. Aunque sea tolerablemente, bienintencionadamente engañoso. No hay dos hemisferios en la obra de la narradora villafranquina, como no los ha habido nunca en el decurso de su peripecia humana. La esfera geográfica, posible metáfora de la consumada redondez de un alma enteriza y noble -o si se quiere, al revés- no consiente dicotomías. Es cierto (y a ello habrá querido aludir la autora), que unos relatos pueden transcurrir en la calle villafranquina del Espíritu Santo, con el hablar pausado y recio de artesanos y peregrinos, mientras en otras narraciones chispea la vivacidad porteña, la gracia rezumante de la jarrita de una tía Filo... Pero que nadie, ni siquiera la eficaz inventora de estas ficciones, se llame a engaño. En este manojito de fábulas. O de

sucedidos, o de ejemplos... todo es uno y lo mismo: la cernida por las mallas fraternales de América. Con el feliz resultado de que uno y otro mundo se potencian entre sí al fundirse en un rico metal, definitivamente inseparable. Por lo demás (y aquí se confiesa quien a veces ha cavilado más para titular una página que para escribirla...), *Cuentos de dos hemisferios* es un hallazgo como para morirse uno de envidia...



Carmen García Arias nació y estudió y se abrió a la literatura en Villafranca del Bierzo. Hay un primer recuerdo de ella en los penumbrosos desvanes de mi memoria y es Carmiña cruzando conmigo el puente del Burbia, no sé si prestándole yo un poco de seguridad a ella, o ella a mí, o los dos canturreando para espantar un vago hálito misterioso y casi galaico. Podíamos venir de regreso, del colegio de don Manolo. Podía ser noviembre y haber estado cayendo el campaneo lento de la novena de las Animas en la Colegiata. O simplemente, cabe que prosas bárbaras de Valle-Inclán nos hubieran estado fascinando en la tarde propicia. Habremos estado juntos mi vecina y yo en ocasiones alegres y a pleno sol de infancia reidora. Pero en las naturalezas románticas -parafraseando- el romanticismo es lo natural... Y esto es lo que sobrenada y se impone sobre toda una retahíla de convivencias. Luego Carmen García se marchó de Villafranca. Y de España. No sé ahora mismo, con exactitud, el cuándo y el porqué. Eran tiempos -quizá 1937, 1938...- en que nada podía ser tan improbable como un pasaporte, el acercarse a un barco o a una frontera. Pasaban soldados. Había madrinas de guerra. «¡Un-dos-tres: Toledo nuestro es!», y canciones que nunca hasta entonces se hablan oído. Creo que Carmen tuvo tiempo de llegar -triste puntualidad- a acendrase el alma con el zarpazo ciego en su propia familia. Y desapareció.

La vida siguió., naturalmente. La vida, para nuestras ansias adolescentes, habría seguido aunque el mundo entero hubiera estallado por los cuatro costados... Y la vida, tácita pero cumplidora, nos ha devuelto a la muchacha que llegara a Buenos Aires a trabajar en el Consulado General que todavía izaba la bandera de la República. Que vivió y colaboró con un hombre, su marido, quien bajo el nombre literario de «Julián Díaz Peñafiel» (civilmente Julián Pedrero), dejó un gran acervo literario y periodístico. La misma, en fin, que hace unos años nos anticipaba, con «Claror de eternidad», sus notorias condiciones de narradora.



Vuelve, en fin Carmen García Arias a Villafranca cuando su villa natal aparece

grávida de promesas -¡y de realidades!- en eso que antes, con nada desdeñable expresión, solía decirse las «bellas letras». Que son, en este caso, las «buenas letras». Escribió Ortega que él leía, para aumentar su corazón y no para contemplar de qué manera una vez más se cumplen las reglas de la gramática... El lector de este fabulario de Carmen va a encontrar una prosa respetuosa con los cánones, por supuesto. Pero también puede estar seguro -y aquí sí que me declaro como fiador- de que no sufrirán ninguna mengua sus sentimientos de verdad, de ternura, de comunicación con el prójimo...

Antonio PEREIRA